



Portada: Albañiles, grabado de Eduardo Kingman

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 6. - Enero, 1999

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRIÓN

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIÁN MANTILLA BACA

CONSEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRIÓN
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez
118 y Patria
Teléfonos: 232-029
232-030 / 232-031 / 232-032
Fax: 566-139
E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

ACTUALIDAD

De la caridad al bono solidario
EDUARDO KINGMAN 3

Indisciplina y deslealtad en el Congreso
ANDRES MEJIA 13

Los dilemas de la diferencia
GIOCONDA HERRERA 22

HISTORIA Y CONFLICTO



¿La historia de límites o los límites de la historia?
ALICIA TORRES 29

La paz: una rectificación de equívocos
CARLOS VITERI 36

COMUNICACION Y CIUDADANIA

Ciudad, espacio público y comunicación
DORTE WOLLRAD 46

Ciudadanía: una cuestión de mediaciones
MARENA BRIONES 54

DIALOGOS



El Perú de Fujimori: entrevista a David Scott Pallmer
FELIPE BURBANO 61

FRONTERAS

Vuelve la crisis económica y de paradigmas
LUIS FIERRO 70

Los contrastes de Amartya Sen
MARK SAINT-UPERY 79

Pinochet: Más temprano que tarde
ANIBAL QUIJANO 92

ENSAYO



Fragmentos, rupturas, traiciones
JAVIER PONCE C. 101

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas:
- Ciudadanía multicultural
- Emancipación y diferencia
- Creer que se cree
- Los fines de la historia
- La sociedad sin hombres
- Socialismo para escépticos
111

CIUDADANÍA: UNA CUESTION DE MEDIACIONES

La ciudadanía es fundamentalmente una cuestión de mediaciones y, en consecuencia, de comunicación en el amplio sentido de la palabra

Marena Briones Velastegu
Abogada, comunicadora

Estas reflexiones nacen de una preocupación personal afincada últimamente en torno a tres interrogantes, que me han parecido claves en el cuestionamiento de la democracia como sistema político y como espacio de convivencia social: ¿Qué significa ser ciudadano/ciudadana en un mundo como el de hoy, y, particularmente, en el Ecuador de hoy?; ¿cómo gestar una ciudadanía eficaz y real, en términos de sujetos co-hacedores de su destino individual y colectivo como pueblo o nación?, y; ¿qué papel juega la comunicación en la construcción de la ciudadanía?

De tal forma que, aunque las posibles respuestas a las dos primeras preguntas pueden ser buscadas recurriendo a diferentes hilos conductores del pensamiento, mi interés alrededor de la ciudadanía se centra, por ahora, en la indagación de su relación

con los procesos y prácticas comunicativas. ¿Por qué? Pues, por varias razones. Algunas tienen que ver con la toma de conciencia de que todo es comunicación, de que permanentemente estamos emitiendo y recibiendo mensajes, codificando y decodificando signos, no en pocas ocasiones de manera inconsciente. Otras han surgido de la constatación fáctica del quiebre que, para el entendimiento, significa la problemática relación entre lenguaje y realidad, entre significante y significado. Y algunas más han bebido de la indudable presencia de los medios de comunicación en nuestras vidas públicas y privadas.

Sin pretender sostener, entonces, que la ciudadanía es solo una cuestión de mediaciones, en el sentido trabajado por Barbero: "redes de comunicación cotidiana de la gente", sí quiero proponer que, sobre todo en esta época, la ciudadanía es también -quizás, fundamentalmente- una cuestión de mediaciones, y en consecuencia, de comunicación en el sentido amplio de la palabra, y no únicamente referida a la función de los medios de comunicación.

Una ciudadanía escindida

No viene al caso, en este momento, adherirse o no adherirse a alguna de las variadas corrientes con las cuales se ha alimentado y se alimenta el debate sobre modernidad y postmodernidad, pero volver la mirada hacia parte de sus referentes sirve para visualizar, de alguna manera, las paradojas con que la humanidad se aproxima al nuevo milenio. En el fon-



Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de las geografías y de la etnicidad, de las clases y de la nacionalidad, de la religión y de la ideología: en ese sentido puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad



do de esa confrontación teórica, póngasele el nombre que se le ponga, como ya sabemos, yacen tanto la reacción pesimista como la reacción nostálgica frente al desencanto con el proyecto racional de la modernidad, como la convicción de que el proyecto moderno sigue vigente y aún no ha culminado.

Unas y otras posiciones, aunque a la larga tomen derroteros diferentes, comparten una misma percepción del presente que estamos viviendo como humanidad. Véamoslo, a continuación, en palabras de Marshall Berman y de Gianni Vattimo, dos exponentes del debate que se encuentran ubicados en ángulos distintos.

"Ser modernos es encontrarse en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo -y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de las geografías y de la etnicidad, de las clases y de la nacionalidad, de la religión y de la ideología: en ese sentido puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia." (1)

**Nos movemos entre una supuesta
homogeneización cultural y una
revitalización de las culturas locales**

"La realidad, para nosotros, es más bien el resultado de cruzarse y 'contaminarse' (en el sentido latino) las múltiples imágenes, interpretaciones, re-construcciones que distribuyen los medios de comunicación en competencia mutua y, desde luego, sin coordi-

nación 'central' alguna..."; "...en la sociedad de los medios de comunicación, en lugar de un ideal de emancipación modelado sobre el despliegue total de la autoconciencia, sobre la conciencia perfecta de quien sabe cómo están las cosas... se abre camino un ideal de emancipación que tiene en su propia base, más bien, la oscilación, la pluralidad y, en definitiva, la erosión del mismo 'principio de realidad'..." (2)

Así -y el Ecuador y sus habitantes no están libres de ello- nos movemos vital y continuamente entre el vértigo de la vida y el idilio con la muerte; entre una supuesta homogeneización cultural y una revitalización de las culturas locales; entre la pérdida de fe en el futuro y el auge de manifestaciones religiosas y místicas; entre la protección amurallada, la fuga de la urbe y la massmediatización tanto de lo público como de lo privado; entre el despertar de una multiplicidad de identidades y el derrumbamiento de un cierto sentimiento de identidad nacional; entre el tributo a la práctica consumista y el casi imparable incremento de la pobreza; entre la globalización de las telecomunicaciones y los mercados financieros y el repunte de ciertos nacionalismos y sentimientos fundamentalistas; entre la tendencia al reduccionismo del Estado y una suerte de imposibilidad natural del mercado para satisfacer las más elementales nece-

El desencanto ha tomado rostro de impotencia ciudadana. Vivimos escindidos entre una ilusoria pertenencia a un Estado protector y una precaria participación en el disfrute del bienestar

sidades de vida de toda la población.

En ese tejido de contradicciones e incertidumbres se ha ido gestando una sociedad, especialmente si se trata de un país como el nuestro, donde, si bien han erupcionado las demandas de ciertos sectores sociales, tradicionalmente excluidos del goce pleno de sus derechos humanos básicos, se han ido moldeando nuevas formas de exclusión social: ante la inseguridad y el miedo a las mil caras de la violencia, la urbe ha trazado

fronteras interiores que marcan el territorio de quienes son considerados ciudadanos en el sentido cabal de la palabra y quienes no lo son; ante la carencia de utopías y la ausencia de liderazgos convincentes, la política, como espacio de representación social, ha allanado su camino por la vía mesiánica de la limosna y la oferta inmediatez; ante las frustraciones a que ha dado origen el aparato estatal, la panacea liberal del mercado nos ha sometido

a la angustiante competencia individualista; ante la concentración económica del poder político, los conflictos sociales han empezado a resolverse en la cotidianidad de una justicia que acude a sus propias manos.

El desencanto ha tomado rostro de impotencia ciudadana. Una impotencia ciudadana que vive escindida entre la ilusoria pertenencia a un Estado protector y la certeza de su cada día más precaria participación en el disfrute del bienestar. Una impotencia ciudadana que abandona los campos en pos de la mágica utopía citadina y termina engro-

sando cordones de miseria. Una impotencia ciudadana que agita sus temores y esperanzas entre el supremo deseo que le aviva la publicidad y la inalcanzable quimera de consumir todo lo que le ofrecen. Una impotencia ciudadana que habita diariamente entre las duras condiciones de su sobrevivencia y la fastuosidad con que la urbe extiende sus tentáculos de hormigón armado: pasos a desnivel, centros comerciales, edificios. Una impo-



tencia ciudadana, cuyas necesidades vitales de alimento, educación, salud y vivienda se estrellan una y otra vez contra la indolente actitud estatal y la indiferente responsabilidad privada.

En ese escenario actual, donde ha cobrado auge la multiculturalidad, parece ya no ser posible pensar en una ciudadanía homogénea de corte meramente formal. Ni el solo reconocimiento jurídico de los derechos básicos y comunes para todos, ni la sola apertura de cauces para la participación, ni el solo espacio de representación a través de partidos políticos y de movimientos sociales, son suficientes para romper con el único síntoma que permanece incólume y cruza toda la diversidad del mundo: la exclusión. Una ciudadanía que continúa construyéndose sobre la base de la discriminación, es una ciudadanía que otorga a las personas carnet ciudadano de primera, segunda, tercera o cuarta clase. Una ciudadanía así, no es ciudadanía.

La comunicación es un espacio imprescindible e importante en nuestra constitución como ciudadanos

En el escenario actual, donde las certezas que teníamos han estallado en mil pedazos y donde nuestras identidades se han multiplicado y se desplazan fácilmente de uno a otro lado, todo intento por prorrumpir como ciudadanos y ciudadanas pasa necesariamente por insertarnos, como sujetos y en igualdad de condiciones y oportunidades, en las redes de construcción de los sentidos de nuestras propias y colectivas vidas.

A la caza de la ciudadanía

Durante mucho tiempo, el fenómeno de la comunicación fue visto y tenido simplemente como un movimiento de información desde un emisor a un receptor. Ello suponía agotar su estudio en el análisis del emisor, del mensaje, del receptor, del código y de la fuente. Vista de esa manera, la comunicación perdía la inmensa riqueza de la que se nutre, en la que está inserta y que ella coadyuva a fabricar. Por ejemplo, todos los procesos comunicativos que supone un desfile en un día feriado y en la calle más concurrida de una ciudad. ¿Podría alguien afirmar que allí, en esos espacios y en esos tiempos, no se produce una gama de prácticas comunicativas, que van desde las pequeñas conversaciones de a dos hasta todos los hilos que tendidos en diferentes vías tejen el espectáculo en su integridad?

La comunicación es un proceso; quizás sería mejor decir que es un conjunto de procesos. Un conjunto de procesos, a veces conscientes, a veces inconscientes. En ese conjunto de procesos, o más bien, con ese conjunto de procesos todos vamos elaborando nuestras propias significaciones de la vida, de nuestras vidas, de las de los demás, de nuestras relaciones familiares, de nuestros vínculos de amistad, de nuestros ambientes de trabajo o estudio, de nuestros días u horas de descanso, de nuestras maneras de amar, o de jugar, o de bailar, o de comer, o de charlar.

La comunicación se expresa de diversas maneras. Desde palabras, pasando por los gestos y las señales de tránsito, hasta con los silencios. Con la comunicación hacemos todo, desde entrar en contacto con la gente, pasando por orar, hasta cocinar

el plato más succulento. Podría decir incluso que sería imposible imaginarnos sin la comunicación. Pero bien, en ese universo que es la comunicación, hay ciertas peculiaridades que, siguiendo a Pearson, Turner y Todd-Mancillas, en su obra "Comunicación y Género", me es imprescindible retomar y señalar:

- La comunicación es una dinámica a través de la cual se consigue realizar la comprensión compartida.
- La comunicación supone una negociación: significado de las palabras, significado de las frases/oraciones.
- La comunicación tiene lugar en un contexto determinado.
- La comunicación es una transacción.

Si eso, entre otras cosas, es la comunicación, y si el mundo como tal, nuestro país como tal, nuestro barrio como tal, nosotros mismos como tales, nos hacemos en la comunicación y también comunicamos, quiere decir que la comunicación es un espacio imprescindible e importante en nuestra constitución como ciudadanos y ciudadanas.

Para verlo con más claridad, recurramos a Brenda Dervin, profesora del Departamento de Comunicación de la Universidad de Ohio, en su propuesta teórica sobre el diseño de información. Dervin, después de elaborar una breve historia de las teorías de la información, partiendo de la idea de que todas esas teorías han conceptualizado, aunque de diversa manera, las interrelaciones entre los conceptos de realidad, observación, información y poder, llega a la conclusión de que "la información es diseñada: los humanos la hacen y la deshacen". Su idea central es que la información se hace y se deshace en la comunicación intrapersonal, interpersonal, social, organizacional, nacional y global, y por eso -sostiene- hay que asistir a los seres humanos en el hacer y el deshacer de su propia infor-



mación, de su propio sentido.

En un mundo en el que estamos inundados de mensajes de todo tipo, en el que la abundancia de información fácilmente se convierte en desinformación, en el que las señales tienen orientaciones distintas y nos confunden, ¿cómo hacer para que cada sujeto cuente con los elementos necesarios para construir sus propios sentidos acerca de sí mismo y de lo que lo rodea?

Esa es la pregunta esencial. Que, en ciertos aspectos, puede ser respondida, pero en otros, por lo menos desde el camino que llevo recorrido sobre el tema, todavía no. Puede ser respondida, digo, en una parte, con las siguientes ideas:

- Quien no cuente con suficiente competencia, para entrar en la negociación que implica la comunicación, no está en condiciones de ejercer su ciudadanía. Ello supone, entonces, fundamentalmente educación, capacitación e información.
- Quien no cuente, colectivamente hablando, con la presencia de sus particularidades en el hacer lo-

cal y nacional, no está en condiciones de ejercer su ciudadanía.

Ello supone el reconocimiento de la diversidad cultural de la que estamos hechos y de la gama de realidades que nos componen socialmente.

- Quien no cuente con suficientes destrezas, para discernir y diferenciar entre unos y otros intereses, no está en condiciones de ejercer su ciudadanía. Ello supone también educación, capacidad reflexiva e información.
- Quien no se constituye en sujeto de la comunicación, en el plano de las decisiones públicas, no está en condiciones de ejercer su ciudadanía. Ello supone el "empoderamiento" de la palabra, de los signos, de las significaciones y de la acción, todo lo cual pasa por la convicción de la pertenencia a un grupo, a una nación y a un Estado.
- Quien no teja vínculos organizativos para fortalecer sus demandas, no está en condiciones de ejercer su ciudadanía. Ello supone, además de un ejercicio esforzado de entendimiento, el devela-

Hablar de ciudadanía es hablar de trastocar el poder privilegiado de unos en un poder equitativo para todos

miento de las prácticas comunicativas insertas en las localidades: de cómo se apropian de la cultura, de cómo transforman la cultura, de cómo hacen y deshacen su propia idea de ciudadanía, de cómo enfrentan la ruptura con el Estado, de cómo viven la escisión de su ciudadanía, de cómo articulan y responden a sus necesidades.

Porque, cuando hablamos de comunicación, también hablamos de poder; y, entonces, hablar de ciudadanía, es hablar de trastocar el poder privilegiado de unos en un poder equitativo para todos.

Una responsabilidad social

Por todo lo dicho antes, por la envergadura que ha quedado esbozada, ¿cómo podría refutarse la tesis de que la comunicación es un bien social?; que nos pertenece a todos y no solo a los medios de comunicación y a los comunicadores; que, por pertenecemos a todos, los medios de comunicación, si bien pueden también ser una empresa, tienen como materia prima un bien público y, por ende, echan sobre sus hombros una seria responsabilidad social.

Los medios de comunicación, como dice Barbero, se han constituido, precisamente, en ese espacio donde la multiplicidad de identidades adquiere visos de unidad, donde se negocian los conflictos no solo públicos sino también privados; donde, en fragmentos, pero con ilusión de completud, se refleja tanto lo que somos como lo que no somos como individuos, como país y como mundo; donde se compensan las soledades y los aislamientos con los que deambulamos actualmente. Son las vías por las cuales recibimos también saberes, saberes sobre nuestras formas de representarnos, sobre nuestras maneras de imaginarnos, sobre nuestros

modos de vivir, sobre nuestras necesidades y carencias, y sobre nuestros sueños.

Los medios de comunicación, por lo tanto, tienen un rol trascendente que jugar en la constitución de una eficaz ciudadanía. Vistos desde dentro, porque son el vehículo propicio para devolverle a la sociedad su multifisíonomía: en voces, en haceres, en saberes, en quererres, en conflictos, en entendimientos, en interpretaciones de la realidad. Vistos desde afuera, porque son un territorio ineludible para desplegar formas alternativas del ejercicio de la ciudadanía.

Nos hacemos ciudadanos y ciudadanas en nuestras cotidianidades, no solo en los medios; pero también somos ciudadanos y ciudadanas en las redes comunicativas que tejen los medios, redes que entran y salen de esas, nuestras comunes cotidianidades.

Un porqué final

Alguien podría preguntarse: "¿y todo eso para qué, si llevamos casi dos mil años intentando construir el modelo más ecuánime de democracia y el ejercicio más equitativo de ciudadanía?". Pues, por esa misma causa. Porque, aunque el tiempo transcurrido haya agotado el síntoma optimista con que se abrió la modernidad, la historia de las ideas y de las acciones revela que siempre hemos dado un paso más; que retrocedemos, que nos estancamos y que nos caemos, pero que, aunque lentamente, nos levantamos y avanzamos.

Y, sobre todo, porque de qué humanidad puede hablarse, mientras el mundo y nuestro país son dichos, hechos y representados por una ínfima parte de su población. Y el decir, el actuar y el representar son y hacen la comunicación.